

sobre el flanco de las compañías americanas y su bala rasa enfla un sinnúmero de hombres que caen segados como por hoz formidable!

— ¡ Viva México! — ruge Suárez.

— ¡ Otras reatas! ¡ otras reatas! — gritan los mexicanos entusiasmados.

Y el pánico del enemigo ante aquel disparo hizo abandonar su cañón.

Y mientras se rehacían y llegaban las otras fuerzas americanas, Suárez ganó el Sur, pródigo entonces en recursos, escoltando á la heroica población de San José, que fué á adorar en un hueco de la Sierra á su querida y salvadora Virgen de Guadalupe.

¡ Se habían evocado espléndidamente las glorias de la Guerra de nuestra Independencia!

Tal es la tradicional y bella narración que caracteriza magníficamente la resistencia potente que algunos pueblos del Norte y de la Costa hicieron á nuestros Invasores. ¡ Como ella hay cien iguales... ignoradas para siempre!



## XXI

## EPISODIOS AISLADOS

## SEGUNDA PARTE

El General Urrea hizo milagros con sus guerrillas... De Victoria se lanza al Estado de Nuevo León, persiguiendo al enemigo en sus retaguardias y escapándole ágilmente, á tiempo, entre Matamoros y Monterrey, asaltando sus convoyes con éxito, propagando el sistema de guerra que es más adecuado para una nación pobre invadida por superiores ejércitos! ¡ La Guerra de Guerrillas!...

En Huamantla brillan actos heroicos... ¡ bravias luchas! — y más hacia el Sur, Tabasco resiste á la escuadrilla norteamericana haciéndola retroceder, tras encarnizadas escenas bélicas en que la sangre enrojeció el río y el mar!...

Igual energía terrible pudo haber en todas las ciudades mexicanas ante la Invasión...

Y ya vimos cómo la misma Capital de la República supo vindicarse de sus vergonzosos enredos políticos tan fatales á su decoro, cuando engreída creía im-

sible que el Ejército Norteamericano osara aproximarse al Valle de México.

Cuando surge la verdad, los hombres del pueblo todo, y aun los de la inútil *seudo-aristocracia*, y mejor que nadie los de la valiente *clase media* (que es el verdadero pueblo nuestro, alma social de nuestro país), lanzáronse á la contienda, dispuestos á la muerte, sin fanfarronerías, austeros, tranquilos y heroicos!....

Háblase de Puebla — única población de alta importancia donde el enemigo entró sin resistencia alguna, más aún, bien recibido en gran parte por el alto Clero y algunos pomposos próceres de menguada memoria.... He aquí lo que dice Roa y Bárcena acerca de ello en una obra abundante en documentos históricos :

« La caída de Puebla, sin defensa, en poder de la división de Worth, causó escándalo y profunda pena en toda la República. Ciertó es que aquel Estado no fué de los que se mostraron indiferentes y egoístas en la lucha, y que, antes de ser invadido, envió al de Veracruz su contingente de Sangre y de dinero. Mas ¿cómo, por escasos que fueran los elementos que le quedaban, á poco de allarse animado del espíritu de resistencia, no habría podido evitar la pérdida de su capital, cuando ésta por sí sola desafió y detuvo á sus puertas en fines de 1844 al ejército de Santa-Anna, doble en número respecto de Worth? La anarquía, el desorden y las contiendas fratricidas de tantos años acaban por enervar el ánimo de los pueblos, convertidos en víctimas de los ambiciosos ».

El abatimiento y el desengaño, la miseria en que las guerras civiles dejaron á Puebla, cegaron al pronto su conciencia, tras los desastres de la guerra.

« Por lo demás, — agrega Roa Bárcena — ese fué el momento de la crisis en la lucha entre los Estados Unidos y México. La vanguardia norteamericana, fiando su propia suerte á la audacia y á la fortuna, se había internado en país enemigo, cortando su línea militar, aislándose de la costa, sin elementos suficientes para llegar hasta la capital de la República, y exponiéndose en determinado punto á los ataques de todos sus contrarios. Si éstos, en vez de concentrarse á defender la ciudad de México, que ni peligro corría entonces de ser embestida, hubieran acudido á formar cuerpos considerables á retaguardia de Scott y de Worth, con el objeto de mantenerlos incomunicados con la costa y de impedir á todo trance la subida de nuevas tropas, lo demás se habría hecho por sí solo. El Estado de Veracruz y su Gobernador Soto lo comprendieron así, y hay que hacer á sus guerrillas la justicia de consignar aquí sus esfuerzos en tal sentido; esfuerzos que, aislados, tenían que resultar estériles. Si en aquellos días una cabeza inteligente y una mano poderosa y enérgica hubieran concentrado la dirección y el movimiento de los resortes todos del gobierno, reprimiendo bastardas y funestas soberanías y haciendo que cada fracción de la República contribuyera con una parte pequeñísima de sus hombres y recursos á la obra común, ¿cuál habría sido la suerte del insignificante ejército norteamericano encerrado en Puebla?

El atrevido jefe que había quemado sus naves, como Cortés, confiando, como éste, más que en sus propias fuerzas, en la debilidad, la ceguedad y la anarquía de sus adversarios, en vez de repelir aquí los hechos de la conquista española, habría tenido que ir á

comparecer á su país ante un Consejo de Guerra.... »

Respecto del levantamiento del pueblo mexicano en las calles de la Metrópoli al día siguiente de la fuga de Santa-Anna y los suyos... — ; heroico zarpazo de una multitud indignada contra la cobardía de aquel hombre que antes fuera el idolo de los mexicanos desvanecidos por el fugaz relámpago de efímeras glorias!... Respecto de los sucesos del 15 de Septiembre de 1847, se expresa así magistralmente en línea de acero imborrable el General Bernardo Reyes en su obra « El Ejército Mexicano » :

« Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, — dice — y Quitman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cornetas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hosco semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podía parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigian sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se

reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enemigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oirse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles ».

Haciendo una justa crítica de la campaña, agrega : « El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña.

En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella

batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó á ser hostilizado el invazor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el General Urrea alguna vez le hizo daño á retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto á ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡ De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

Salidos de México los restos del ejército, tras haber mandado volver á sus hogares unos 2 000 hombres de Guardia Nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el General Don José Joaquín de Herrera al frente de una división de Infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5 000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo deserciones y desbandamientos sobre la marcha. Él partió hacia Puebla con 2 000 caballos, á los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas á la citada Puebla, donde sólo existían 1 000 americanos; hostilizó sin resultado un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del Presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el

mando de la fuerza que aun le restaba, á reserva de que después respondiera á cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fué de pronto á buscar abrigo á alguna población de Oaxaca<sup>1</sup>.

La fulminante pluma del General Reyes esboza así el crepúsculo de aquella Guerra inolvidable, anatematizando al funesto Santa Anna que se había creído Sol...

1. *El Ejército Mexicano*. Monografía. General Bernardo Reyes.

